

Hilaria de Abia, la musa de Cipriano de Arribas, historiadora por amor. Nuevos datos sobre su vida

Germán F. Rodríguez Cabrera.
Licenciado en Historia del Arte

Resumen

En el cementerio de San Francisco de Los Realejos se conserva la tumba de Hilaria de Abia y Alonso (Sotobañado, Palencia, 1839 - 1895, Realejo de Abajo) con un epitafio que la titula como historiadora de Canarias. Sin textos a su nombre ni referencias a su obra, este trabajo pretende arrojar algo de luz sobre su figura y su tumba.

La historia de las Islas Canarias está protagonizada y contada por multitud de personajes que, bien por sus hechos o por dejar crónicas de lo vivido o de las hazañas de otros, han perdurado en el recuerdo o pasado a los anales. Personas que, nacidas en este archipiélago o llegadas hasta él, han conformado parte del relato histórico de las Islas Canarias, un archipiélago situado en el Atlántico, comunicado con tres continentes, que ha generado desde la Antigüedad infinidad de fuentes para conocer nuestro tiempo pasado y comprender mucho del presente. A ellas se suman multitud de testigos de estas relaciones. Debemos poner en valor de igual manera los elementos materiales que perduran de quienes nos precedieron en el estudio del pasado isleño.

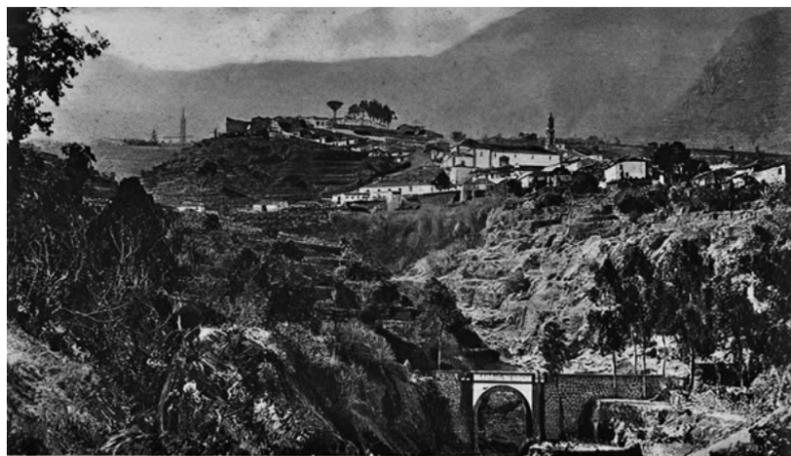
En el ochocientos se generaliza el fenómeno de los viajeros, que evoluciona hasta los actuales parámetros del turismo. Otra posibilidad son los textos generados por los nativos sobre su propio país o sobre los viajes que realizan recorriéndolo. Este último puede ser el caso del farmacéutico Cipriano de Arribas y su esposa Hilaria de Abia y Alonso, que han pasado a conformar parte del relato histórico de las islas, incluyendo a Los Realejos, donde acabaron sus días y descansan para la eternidad sus cuerpos. La figura de Arribas está vinculada a la historia de la farmacología, sus establecimientos y el estudio de los remedios tradicionales en las islas. Un personaje, Cipriano de Arribas, que enriquece su perfil con la edición en 1900 de su libro *A través de las Islas Canarias*, obra que aporta una visión de las Islas, rica en matices humanos, en dispar proporción insular; un libro a caballo entre las crónicas de viajeros y el trabajo de campo, útiles para la farmacología, la antropología o la historia local.

En este siglo las Islas asisten, como el resto del Estado, a parte de los cambios políticos, jurídicos y territoriales que marcarán el devenir de la centuria siguiente. El siglo acaba con la pérdida de Cuba y Filipinas y el auge de otros imperios emergentes. Las Islas tienen en las crónicas de los viajeros un filón donde indagar en el estudio de ese tiempo de tránsito entre los restos del Antiguo Régimen y la Modernidad. Es aquí donde debemos poner en valor al matrimonio Arribas y la visión del archipiélago que se plasma en *A través de las Islas Canarias*: una mirada nacional de un territorio al que llegaron para buscar un porvenir, vivir de su profesión, integrarse y acabar sus días. La obra mezcla los datos ya recogidos por la historiografía clásica insular con un nuevo material recopilado en el andar por su territorio, el trabajo de campo.

El matrimonio había llegado a Canarias hacia 1871, estableciéndose en primer lugar en la isla de Lanzarote, donde regentaron una farmacia en su capital, Arrecife. Pasaron luego a Tenerife, asentándose primero en Icod de los Vinos (1879-c.1892) y pasando luego al Realejo de Abajo, donde muere Hilaria de Abia. Tras su fallecimiento, Cipriano de Arribas sigue establecido en San Agustín, núcleo rayano de los dos Realejos. A los pocos meses de enviudar, contrae nuevo matrimonio con Concepción Ruiz Marín, maestra nacional llegada de Málaga. Juntos deciden levantar en el lateral de la plaza Joaquín García Estrada de San Agustín, perteneciente al Realejo de Arriba, una vivienda de nueva planta y establecer su botica en lo bajo. Posteriormente se trasladan unos tres años a Santa Cruz de Tenerife (1903-1906)¹, y vuelven definitivamente a residir en la vivienda de San Agustín en Los Realejos, donde Cipriano de Arribas muere en marzo de 1921².

¹Alfonso Morales y Morales: «Cipriano de Arribas y Sánchez (1844-1921). Un abulense en la sanidad canaria», *Strenae Emmanuelae Marrero Oblatae. Pars Altera*, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 1993.

²De la evolución arquitectónica de esta plaza he tratado en «Agustín Espinosa y Los Realejos, una realidad demasiado tiempo olvidada», en *Homenaje a Constanza Negrín Delgado*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 2014.



Realejo Bajo, 1893.

Cipriano de Arribas y Sánchez era natural de Ávila, donde había nacido en 1848; por su parte, Hilaria de Abia y Alonso, hija legítima de Casilda Alonso y Valentín Abia, vio la primera luz en el pueblo de Sotobañado, en la provincia de Palencia, en 1839. Coinciden en los años sesenta en la Villa y Corte de Madrid, adonde Cipriano de Arribas se había trasladado a estudiar Química y Farmacia. Allí se conocen, y deciden contraer matrimonio el 5 de agosto de 1869, en la parroquia de San Lorenzo³. Es en la capital donde traban amistad con los hermanos Zerolo Herrera, entre ellos, Tomás, que estudiaba Medicina, quien, seguramente con otros canarios residentes en la capital, llamaría la atención de Cipriano sobre las Canarias.

A la pareja le parecería interesante la posibilidad de emprender una nueva vida en las Islas, donde la necesidad de boticas parecía lógica, un campo favorable para prosperar. Desde su llegada a Lanzarote, Cipriano se dedica al oficio de boticario, buscando un medio de vida seguro que le permitiera una estabilidad para el resto de sus días, primero como empleado, luego como arrendador o propietario de la

³Del acta de matrimonio se desprende que Cipriano tiene entonces 25 años e Hilaria, 31.

licencia de farmacéutico. La realidad de la pareja conformada por Cipriano e Hilaria debería tener en la confianza mutua y la voluntad de prosperar o sobrevivir uno de sus fundamentales cimientos. La unión y la capacidad de emprender en diversos lugares debía de estar acompañada de ciertas dotes para las relaciones sociales, para acercarse a los diferentes estratos que componen la población, junto a una natural curiosidad por el medio, sus gentes y costumbres, tan propio de un romanticismo algo retardado. Esa capacidad de reiniciarse, de traslado, se muestra en los diferentes hogares que levantaron en Madrid, Lanzarote, Icod de los Vinos y Los Realejos.

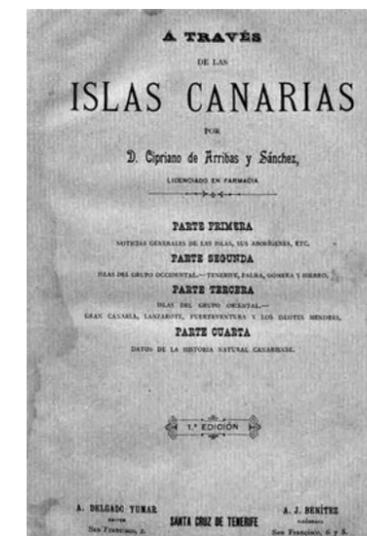
La compenetración de la pareja tenía que ser muy alta, de mutua admiración, como bien se plasma en algunos párrafos de *A través de las Islas Canarias*. Esta obra puede ser un buen ejemplo de la afinidad del matrimonio, que no tuvo hijos, pues su lectura arroja detalles que invitan a pensarlo. Aunque debieron de ganarse la confianza del isleño con cierta facilidad –bien por la profesión de él o por su don de gentes, como así lo han puesto de manifiesto varios autores–, tampoco es menos cierto que los canarios ya estaban acostumbrados al trato con más de un «turista» y a servirles de guía por la isla, en lo que mostraban cierta naturalidad. Los diversos registros que contiene el libro, publicado en 1900, ya fallecida su primera esposa, inducen a ello. La lectura deja entrever su realización como una obra matrimonial, en la que, supongo, a los datos históricos y científicos, a las descripciones generales de cada lugar, se suman las de los detalles más llamativos de algunos pueblos, de sus edificios y obras de arte más singulares. También llama la atención el interés prestado a las clases populares, a sus dichos, rezados y coplas, en que se aprecia un amor a lo cercano que atribuimos a Hilaria de Abia, la cual debió de contar con una extraordinaria memoria, al no saber leer ni escribir.

Las páginas del libro recogen experiencias más allá de los datos históricos y los remedios de los curanderos que tanto llamaban la atención de Cipriano. Entre ellos, rezados y santiguados que protegen de diversos males, como, por ejemplo, en la crónica de su estancia en La Victoria de Acentejo, en que aparece, transmitida por una anciana «barbuda», esta advertencia contra las enfermedades contagiosas:

San Bartolomé se levantó,
pies y manos se lavó
y en el medio del camino
a Jesucristo encontró,
¿Dónde vas Bartolomé?
¿en busca de ti, Señor!
Vuélvete Bartolomé
para tu casa y mesón,
que donde tú estuvieres,
no muere mujer de parto
ni niño de sobreparto,
Y quien dijere esta oración,
todos los viernes del año,
quita un alma de pena
y no muere de exhalación.
Quien la sabe y no la sabe y no la dice,
quien la oye y no la aprende,
lo que en ella se contiene,
le darán que se acuerde
con la vara de la justicia.

La advertencia finaliza con una oración que se transcribe en su totalidad.

En el pueblo vecino de La Matanza recoge un santiguado de boca de un curandero mientras aliviaba a una mujer: «Rosa, Jesús, tres mil veces Jesús, en Cruz



Portada de la primera edición de *A través de las Islas Canarias*

murió mi Dios, en Cruz te cruz y ensalmo yo, nombrándose a Jesús todo mal se quitó; Rosa yo te curo y ensalmo, santiguándote con la misa del domingo y los evangelios de San Juan, San Lucas y San Mateo...».

De igual manera, durante su residencia en Icod de los Vinos, añade la historia de amor entre dos jóvenes de la zona, cuya transcripción tuvo que ser resultado de la unión de la memoria y la redacción de los dos cónyuges. La atención a estos temas y la capacidad para llegar a los informantes ganándose su confianza parecen ser más inherentes a la condición femenina, por el propio formato de la sociedad decimonónica, la cercanía más probable entre mujeres y el mayor interés en las crónicas históricas del autor y en las soluciones tradicionales para la sanación de los males del cuerpo. Un respeto por estos romances y cantares parece vislumbrarse en el recogido en las Fiestas del Cristo de Tacoronte, en una transcripción que plasma la atención prestada por el matrimonio, seguramente por ella, que se traduce de manera generosa entre las páginas del libro. No sucede igual con la subida al Teide que inician el 22 de agosto, no sabemos el año, sirviéndose de guías naturales de Icod el Alto, como presentan en su libro, en que el relato no incluye descripciones o detalles folclóricos de cantares ni cuentos, a pesar de pasar gran parte del día y la noche del día 22 en Palo Blanco, desde donde partieron a las tres de la mañana hacia la cumbre. Cipriano de Arribas se limita a escribir sobre los pertrechos necesarios para una buena subida, sobre el paisaje, los nombres de los hitos geográficos en el camino realejero de subida al punto más alto de la Isla y los consejos de los guías.

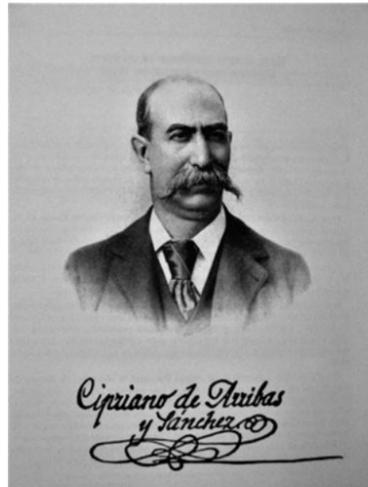
El libro fue puesto a la venta en su propia botica, como deja testimonio en diversos anuncios la prensa del momento. La crítica de entonces sobre el libro no fue del todo positiva. En *La Atlántida*, rotativo tirado desde Gran Canaria, se recogen en enero de 1901 juicios muy duros, firmados bajo seudónimo, que se plasmaron en estos términos:

A través de las Islas Canarias se titula un libro recién publicado, de que es autor el Sr. D. Cipriano de Arribas y Sánchez, licenciado en farmacia, cuyo retrato decora y engalana la página primera. El Ldo. Arribas ha querido pasar con su libro a la posteridad, derecho legítimo que no discuto.

En la obrita hay de todo, como en la botica del buen licenciado, geografía, historia natural, botánica, biografía, antigüedades y chascarrillos antiguos y modernos. Apesta a farmacopea; diríase concebida entre un vómito y un emplasto lo que sobresale en la vera efigie del autor cejijunto y bigotudo, con reflejos de inmortalidad en la frente olímpica. Descúbrese el parentesco espiritual que debe de unirle a Mr. Howard, el célebre farmacéutico-filósofo de Madame Bocary. (...)⁴

Las duras críticas, centradas en su persona y en los errores geográficos que cometió en la isla de Gran Canaria, fueron propiciadas, quiero pensar, por el pleito insular y otras rivalidades entre la oligarquía de ambas islas. La realidad es que, si unas islas están mejor tratadas que otras, la razón debe estar asociada a que no todas las islas fueron visitadas, aunque el interés estaba en realizar una obra sobre todo el archipiélago. Estos comentarios ya encontraban respuesta en el propio prólogo de esa primera edición de manos del propio Arribas:

Esto mismo [el trabajo de campo] hace que nuestro trabajo sea incompleto, porque aquellos puntos donde nada nos ha sido posible investigar, nada consignamos tampoco, siendo para nosotros más grato el que nuestra obra parezca defectuosa, que el de cubrir las omisiones, con invenciones fantásticas.



Retrato de Cipriano de Arribas y Sánchez, presente en su obra.

⁴) *La Atlántida*, Las Palmas de Gran Canaria, 20 de enero de 1901.

Sus palabras finales son una declaración de intenciones, uno de sus intereses.

Si logramos con este libro alentar a la juventud estudiosa del Archipiélago en el áspero camino de la investigación científica, camino que nosotros no hemos tenido fuerzas para emprender, aunque sí voluntad para mostrar nuestra satisfacción, queda por todo extremo cumplida y sin ansia de ninguna otra recompensa.

En la actualidad su contribución al conocimiento de los remedios de sanación tradicionales, santiguados y romances de las islas es un grado diferenciador de la obra. Así lo han destacado autores como Alfonso Morales y Morales, que ha trabajado ampliamente la trayectoria vital y farmacéutica de Arribas⁵. En 2004 Alfonso González Jerez le dedica estas palabras en su prólogo sobre una reedición parcial de su obra:

El texto que suma a Cipriano de Arribas y Sánchez a la nómina de los modernos cronistas de Canarias tiene un interés particular en dos aspectos: una modesta incursión en la oralidad popular y una especial atención al fascinante mundo del curanderismo en los pueblos isleños. Le distingue, a la vez, otro rasgo particular. Cipriano de Arribas no fue ni un viajero ocasional por el Archipiélago ni un investigador científico, sino un espíritu curioso que se instaló en Canarias y la convirtió en su tierra de adopción⁶.

Su llegada al Realejo de Abajo, tras su estancia en Icod de los Vinos, parece tener mejores resultados a largo plazo⁷. Al poco tiempo de mudarse a la calle El Terrero, actual calle La Alhóndiga –y no en el paraje de El Terrero, como se ha venido afirmando hasta la actualidad⁸–, se produce la muerte de Hilaria de Abia. Posteriormente, como hemos citado con anterioridad, su viudo contrae nuevo matrimonio con la maestra Concepción Ruiz Marín, siendo la construcción de una vivienda propia en San Agustín la que vinculará a don Cipriano de Arribas con Los Realejos. Durante su primera estancia en el Realejo de Abajo, el matrimonio se estableció en la mencionada calle El Terrero, en una vivienda sin identificar hasta ahora. La casa, arrendada, está situada en la vía que comunica el lugar de San Agustín con el casco del Realejo de Abajo, y en ella abriría despacho farmacéutico en lo bajo y fijaría su residencia en lo alto durante estos últimos años del ochocientos. Si bien el incendio del archivo municipal y del ayuntamiento en 1952 nos ha impedido saber el lugar exacto de este edificio, la tradición oral y otros datos nos permiten identificar el lugar⁹. El matrimonio habitó la vivienda señalada con el número 19, que, más tarde, habitó Agrícola E. García (La Orotava, 1858 - Realejo de Abajo, 1936), director de la Banda de Música La Filarmónica hasta su muerte. Su entierro tuvo lugar en el mismo cementerio de San Francisco, y solo se conserva la cruz, deslocalizada su base y sepulcro¹⁰.



Los Realejos. En la tercera casa de la izquierda vivió y murió Hilaria de Abia. Col. M. M. Martínez-Ball, Londres.

⁵) Alfonso Morales y Morales: «Cipriano de Arribas...» art. cit.

⁶) Cipriano de Arribas y Sánchez: *A través de Tenerife*. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2004. Prólogo de Alfonso González Jerez.

⁷) Su estancia en Icod de los Vinos fue ampliamente tratada por María del Carmen Hernández García y Erasmo Juan Delgado Domínguez en el prólogo de una reedición de su obra del Cabildo Insular de Tenerife, en 1993.

⁸) En un reciente TFG efectuado por Rosalba María Hernández Mora, en 2017, se sigue manteniendo el establecimiento del matrimonio en el paraje costero ubicado entre la Hacienda de La Torre y la de San Antonio de La Rambla.

⁹) Si queda claro que no vivió en el pago de El Terrero, como se ha venido manteniendo hasta la actualidad, lo que demuestra desconocimiento del municipio. Sobre el domicilio, el propio Morales apunta que la vivienda está marcada con el número 19. A ello se suma el acta de defunción parroquial que ubica el lugar de residencia en esta misma vivienda.

¹⁰) De este personaje olvidado de la cultura musical del norte de la isla de Tenerife aportamos más datos en *La música en Los Realejos. La sociedad Filarmónica del Realejo Bajo* escrito por Jesús Agomar González Guillama en 2005 y publicado por el Ayuntamiento de Los Realejos, tras ser galardonado con el Premio Viera y Clavijo de investigación en Humanidades, en 2006.

Se trata de una vivienda de dos alturas y planta en L, de amplio zaguán al que se accede tras subir varios escalones, con habitación abierta a él que acogió el despacho de la botica de Arribas. Tras la puerta principal se abre una vivienda de dos plantas, con horno de pan y diversas tanquillas para el desarrollo de la vida diaria en su patio y huertas adyacentes. Destaca en su interior la escalera de acceso a la segunda planta, con baranda de casetones y balaustres recortados, estando los techos de la sala principal rematados por finas labores de lacería¹¹. En fachada, al igual que en su interior, son importantes los trabajos de carpintería en puertas y ventanas, con casetones tallados con motivos vegetales. Debemos llamar la atención sobre las gárgolas o vierteaguas en los extremos de la fachada, una de diseño geométrico y otra zoomorfa, que la dotan de gran valor y singularidad en el panorama del maltrecho patrimonio histórico local.

⁽¹¹⁾ En la actualidad se encuentra en proceso de reforma, pero debe de conservar en su interior, además de su planta, los elementos descritos. En fachada mantiene una interesante carpintería de ricas labores de talla. Su pérdida es un precio que no puede pagar el municipio donde la gestión de su patrimonio histórico resulta desastrosa.



Casa donde el matrimonio habitó en San Agustín, Realejo Bajo, actual calle La Alhóndiga nº19.

Es en esta casa donde, el 7 de agosto de 1895, Hilaria de Abia y Alonso redactaba su testamento ante el notario Joaquín Estrada Madan, documento inédito hasta ahora que aporta algunos datos sobre su vida e incluye una serie de disposiciones para después de su fallecimiento¹². En él se declara esposa de Cipriano de Arribas, con el que no había tenido descendencia, y al que dejaba a cargo de sus bienes y de todo lo concerniente a su entierro. Dice que le gustaba que la llamaran María en lugar de Hilaria¹³, y en este mismo campo personal, al concluir sus últimas voluntades, aporta datos muy importantes para su valoración como historiadora y de su participación en la redacción de la obra *A través de las islas Canarias*, pues, en el momento de rubricar el documento, aclara «que no firma porque dice no sabe, a su ruego los hace el testigo Dn Manuel Pérez Achard». Este dato nos puede permitir ahondar en el perfil de Hilaria de Abia como una mujer de gran memoria, con don de gentes y curiosidad por conocer los lugares que visitaba. La compañera del farmacéutico Arribas también debió de ser una mujer resuelta, capaz y dinámica para afrontar una vida itinerante que, desde su Palencia natal, la lleva a Madrid, donde conoce a Cipriano, con quien luego, tras su matrimonio, se establece en diversos puntos del país, pasa a Fernando

⁽¹²⁾ Archivo Histórico Provincial de Tenerife, PN. 4397

⁽¹³⁾ En el acta de defunción eclesiástica se anota similar aclaración.

Poo, llega a Canarias, con una primera estancia en Lanzarote, y posteriormente se traslada a Tenerife, donde, en Los Realejos, ambos acabaron sus días.

En este periplo vital por la geografía nacional, el matrimonio se ganó la confianza de buena parte de la población donde se asentaba, no solo de las élites locales, sino también de las capas más populares, como se desprende de sus escritos sobre las Islas. Una vez analizados los títulos de otros trabajos que pretendía publicar Cipriano de Arribas, como anuncia la prensa tras la aparición de *A través de las Islas Canarias* en 1900, los temas de la conquista y sus protagonistas centran sus siguientes trabajos, que según parece nunca llegaron a salir a la imprenta. Me reafirmo en pensar que las voces populares plasmadas en este trabajo corresponden a ella, son su aportación a la obra. Hilaria de Abia debió de haberse detenido en las particularidades etnográficas, en la memoria oral, en los valores del folclore, en rezados y santiguados que tanto tienen que ver con la sanación ancestral, y las cualidades botánicas, dejando para su esposo lo escrito, lo publicado, pues, como ella misma reconoce, no sabe leer ni escribir, así que su memoria y su cercanía con la gente serían grandes cualidades y la base de su contribución a la obra. Son precisamente estas aportaciones las que alejan al libro de ser una crónica o una compilación más, pues en él se mezclan datos históricos, descripciones geográficas y anécdotas de un viajero, que muestra la experiencia de su contacto con la isla y sus gentes. Es una aproximación nacional a una realidad fundamentalmente descrita por los viajeros extranjeros, en su idioma natal, para sus compatriotas, algo así como las crónicas de sus estancias en las islas.

Esa idea de la musa que influye en la elaboración de la obra la expresa Arribas en el libro, «...la primera esposa del que tiene el honor de escribir esta obra, Hilaria de Abia y Alonso, la que en mi unión recogió datos para la confección del presente libro...». Se desprende de lo escrito que Hilaria fue una parte importante en la creación de la obra, un soporte del trabajo de escribir. Hilaria de Abia fue, con ojos del ochocientos, la musa de Cipriano. La pareja, sin hijos, se perfila como un ejemplo de compenetración y complicidad, pese a la diferencia de once años entre ellos. En su seno se propiciaría el uso del tiempo libre al estudio del entorno insular y se fraguó la idea de generar una obra con la que las generaciones venideras pudieran seguir profundizando en el conocimiento de las Islas. Una unión que, tras la muerte de Hilaria y el segundo matrimonio con Concepción Ruiz, parece perdurar, pues cinco años después del fallecimiento de Hilaria, Cipriano de Arribas declara la intención de descansar para la eternidad a su lado.

El estado de los estudios sobre el ochocientos en Los Realejos no nos permite conocer más sobre el contexto social femenino en el que se mueve Hilaria. En ese siglo el municipio asistía a la venta de casas y tierras vinculadas en mayorazgo durante siglos, a la llegada de nuevas familias desde otros puntos de la isla, cuestión que no era nueva, y la de emigrantes enriquecidos que se establecían en la zona. Las labores del calado y otras manufacturas sustitúan las poco rentables labores del tejido de la seda, que convivían con otros oficios y ocupaciones propias de su género, como los de lavanderas, gangocheras, paveras, pescaderas o carboneras, que tenían en el comercio ambulante parte de su medio de vida. Cuando aún resonaban las plegarias de la última monja agustina del lugar y se generalizaba el estudio del piano y otras prácticas artísticas asociadas a lo femenino en ciertas familias que miraban a los avances de su siglo e intentaban seguirlos, llegaba Hilaria de Abia, María, a Los Realejos. El municipio veía la pérdida de la Isla de Cuba con la misma incertidumbre que el resto del país, pues muchas de sus familias se habían trasladado a la ínsula caribeña con la intención de prosperar y retornar con un mínimo de capital con el que mejorar su vida y la del solar de origen.



Retrato de Joaquín Estrada Madam. Col. particular, Puerto de la Cruz.



Postal dedicada por Cipriano de Arribas, 1902. Col. particular.

Del testamento se desprende la cercanía con algunos vecinos de San Agustín. Sirvan de ejemplo Manuel Pérez Achard, descendiente por vía materna de los prisioneros franceses llegados a la isla durante la Guerra de Independencia, quien firma sus últimas voluntades. Junto a él aparecen como testigos Vicente Toste Pérez, foguero de profesión; o Elías Rosado Reyes, nacido en Icod el Alto, retornado desde América y establecido en el núcleo de San Agustín, donde regentaba un negocio de alimentación, y, por su parte, el notario Joaquín Estrada Madan, igualmente realejero, perteneciente a una saga de profesionales liberales que intentaron mejorar el presente de su pueblo y el valle de Taoro. Pese al silencio de la documentación, entiendo que hubo presencia de algunas personas más en la morada y, por supuesto, de alguna mujer que atendiera a la enferma en sus últimos días de vida.

El punto cuarto de sus últimas voluntades corresponde a lo relativo a su tumba:

Dispone que todo lo relativo a bien del Alma y legados Píos lo deja a disposición de su referido esposo, quien, comprará terreno del cementerio de esta localidad o del punto en que ocurra su fallecimiento, para que le sirva de sepulcro y sobre él pondrá losa rodeada de enrejado de hierro.

La muerte de Hilaria se produce en el Realejo de Abajo y su cuerpo recibió sepultura en el cementerio de San Francisco del lugar, donde aún se mantiene su sepulcro. El fallecimiento se produjo, por causa de un tumor, el 8 de agosto, al día siguiente de dictar sus últimas voluntades, a las 11 de la mañana, con 56 años. Al día siguiente el párroco de Nuestra Señora de la Concepción del Realejo de Abajo, Manuel Picar Santos, se dirigió hasta su domicilio, en la calle El Terrero, y condujo el féretro hasta el cementerio de San Francisco, donde ofició su sepultura¹⁴.

El cementerio de San Francisco, nuevo espacio para la muerte que, tras reiterados mandatos de los gobiernos provinciales del siglo XIX, se logró abrir entonces en el recinto del antiguo convento franciscano de Santa Lucía, tuvo su primera inhumación en 1856. Tras el derrumbe de las últimas capillas de la iglesia conventual, en 1871, alcanza la totalidad de su superficie como lugar de entierro. El espacio de esta última ampliación, la de 1871, es el que acoge el sepulcro de Hilaria de Abia y otros espacios funerarios, como la llamada huerta de los niños. El espacio fue levantado en clave posromántica, con el eje central de la puerta comunicando los dos niveles. Sembrado de cipreses y otros árboles, conserva un encanto diferenciador, a pesar de que la ciudad de los muertos ha sufrido las mis-

⁽¹⁴⁾ Archivo Histórico Diocesano de Tenerife (A.H.D.T.), Fondo parroquial de Nuestra Señora de la Concepción, Los Realejos, Libro de defunciones, Nº 9. Actuaron como testigos del hecho nuevamente Manuel Pérez Achard y Gonzalo Siverio Pérez.

mas transformaciones que la de los vivos. Pese a las transformaciones padecidas en el camposanto en las últimas décadas, la tumba de Hilaria de Abia, la historiadora de Canarias, ha sobrevivido a la acción gubernamental y al desinterés social.

El sepulcro de Hilaria de Abia, María, edificado tras su entierro, se ubica al pie del paseo central, al lado izquierdo, el más cercano a la puerta principal del camposanto. Levantada del suelo por dos escalones en piedra chasnera se encuadra la lápida de mármol blanco que cierra la tumba con cuatro argollas de bronce que permiten su manejo. En la parte inferior de la losa aparece la firma del marmolista. Lápida y sepulcro debieron ser realizados en Las Palmas de Gran Canaria, donde el marmolista E.W. tenía su taller. Estas iniciales se corresponden con Enrique Wiot Leonza (1848-1915)¹⁵, marmolista napolitano que realiza muchos de los trabajos funerarios del tránsito del siglo XIX al XX en las Islas, demanda que le llevó a abrir otro establecimiento en Santa Cruz de Tenerife, como aparece referenciado al otro lado de sus iniciales en otras piezas marmóreas conservadas. Todo el conjunto aparece rodeado, cerrado, por una reja alta rematada por una cruz de similar material en su cabecera. Las cuatro esquinas de la verja están rematadas por perillas macizas, algunas ya perdidas. Tipológicamente el sepulcro realejero sigue las pautas compositivas de otros ejemplos similares conservados en cementerios como el de San Rafael y San Roque, de Santa Cruz de Tenerife, y San Juan Bautista, de La Laguna, monumentos funerarios que responden a un gusto ecléctico, de medida labra en sus lápidas y trabajadas rejas de cerramiento, algunas de ellas de importación, como la piedra, que se mezcla con la cantería local¹⁶.



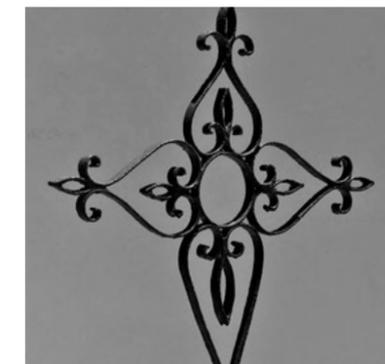
Vista del sepulcro de Victoria de Hilaria de Abia. Cementerio de San Francisco, Los Realejos



Lápida del sepulcro de Hilaria de Abia. 1895.



Detalle de la reja del sepulcro de Hilaria de Abia.



Cruz del sepulcro de Hilaria de Abia.



Fernando Baena, El Drago. Vista del Cementerio de San Francisco, Los Realejos. Col. particular

⁽¹⁵⁾ Manuel Ramírez Sánchez: *Historias en la piedra. La escritura última en los cementerios ingleses de Canarias*, Madrid, Editorial Dykinson, Madrid, 2016.

⁽¹⁶⁾ También sus iniciales aparecen en la placa de mármol colocada en la espalda del templo de Santiago Apóstol de Los Realejos en la celebración del cuarto centenario del fin de la Conquista de la isla de Tenerife.

La lauda sepulcral dedicada por Cipriano de Arribas a su esposa dice: «Recuerdo de su esposo a la historiadora de las Islas Canarias D^a Hilaria de Abia y Alonso. 8 de agosto de 1895». Esta cita, ya transcrita en varias ocasiones, nos habla del amor que Arribas siente por su esposa, del valor que ella aportó a su vida, al día a día, a su trabajo, a la estancia en las Islas. Hilaria de Abia, historiadora de las Islas Canarias por amor, por ser la musa que acompañó la dura tarea de escribir un libro, de investigar, del trabajo de campo, y aportar su destreza como la mejor contribución a la consecución de las fuentes para el trabajo que se había propuesto. La inscripción en la lápida no es usual para su tiempo o no conservamos otros ejemplos en las islas, lo que la dota de mayor valor y singularidad. Cipriano de Arribas con esta cita quiere hacer un homenaje póstumo a su amada María, como le gustaba que la llamaran. Su sepulcro es único en Los Realejos, por su cita en la lápida, por ese aire posromántico y de profundo amor que desprende, lo que tal vez ha propiciado su conservación. En otros cementerios católicos de la isla no encontramos ejemplos similares en tumbas de mujeres. El único caso cercano en ideales es el panteón que encargó Oscar Grossmann en Génova hacia 1930 para su esposa, la arpista Clotilde Cerdá y Bosch (Esmeralda Cervantes), que aún se alza en el cementerio de Santa Lastenia en Santa Cruz de Tenerife¹⁷.

Cuando en 1900 veía la luz *A través de las Islas Canarias*, Cipriano citaba la tumba de su esposa en la descripción dedicada al Realejo de Abajo, con una clara voluntad de reposar junto a ella para la eternidad:

En su cementerio, que como centinela de su puerta, guarda un hermoso drago de más de 450 años, está enterrada la primera esposa del que tiene el honor de escribir esta obra, llamada D^a Hilaria de Abia y Alonso, la que en mi unión recogió datos para la confección del presente libro, cuyo sepulcro rodeado de una verja de hierro será también el mío.

Pasados algunos meses Cipriano de Arribas contrae matrimonio con la maestra del lugar, Concepción Ruiz Marín. Con ella levantó residencia propia al pie de la plaza de Joaquín García Estrada en San Agustín, y junto a ella desarrolló su vida en Los Realejos, relacionándose con la sociedad realejera y del valle de La Orotava tan afín a San Agustín y sus gentes, y a sus fiestas del Carmen. Este nuevo matrimonio no tuvo descendencia, como el primero, conviviendo la pareja hasta la muerte de Concepción Ruiz en 1919, dos años antes que su esposo. Los últimos años de vida de Cipriano de Arribas y Sánchez debieron de transcurrir en cierta soledad, atendiendo su botica en compañía de su encargado Domingo Expósito Alonso, vecino de La Cascabela, la parte alta del núcleo de San Agustín, y de sus vecinos Agustín Rodríguez de la Sierra y García y José García Quintero, que aparecen en el acta de defunción como testigos de su muerte el 9 de marzo de 1921¹⁸. Fallecía con 77 años en su casa de San Agustín, a causa de un ataque apopléjico, siendo su cuerpo enterrado en el cementerio del Realejo Alto, del que desapareció su tumba tras su clausura en 1947 y posteriores mondas hasta su total destrucción en los años cincuenta¹⁹. Así pues, la última voluntad de Cipriano de Arribas y Sánchez no fue respetada, pues no descansó junto a su amada Hilaria para la eternidad, como era su deseo, y ni siquiera tiene hoy una tumba donde ubicarlo.

En Los Realejos, a 30 de mayo de 2020.

⁽¹⁷⁾ Sobre su vida, consúltese Carlos Gaviño de Franchy, *lopedeclavijo.blogspot.com/2010/08/esmeralda-cervantes* y Alfonso Soriano y Benítez de Lugo, *Corte y sociedad. Canarios al servicio de la Corona*, Islas Canarias, 2015.

⁽¹⁸⁾ Juzgado de Paz de Los Realejos, tomo 32, p. 164, sección 1.

⁽¹⁹⁾ Sobre el desmonte de este y la nueva fábrica del actual cementerio de San Agustín trata el trabajo de David Jerónimo Álvarez García *Apuntes a la historia de los tres cementerios del Realejo Alto*.

El patrimonio maldito de Tenerife: gestión del patrimonio arqueológico en la isla desde sus orígenes hasta la segunda mitad del siglo XX

Gisela de la Guardia Montesdeoca

En el presente trabajo se analizan los primeros pasos en la gestión del patrimonio arqueológico en la isla de Tenerife desde el siglo XVII hasta el fin de la dictadura, con la consolidación de un modelo de gestión eminentemente centralizado en el que destacará la figura de Luis Diego Cuscoy. El patrimonio maldito de Tenerife, como denominó Cuscoy al esquilmo patrimonio aborigen de la isla, ha dado lugar, en última instancia, a que en la actualidad la isla carezca de entornos arqueológicos adecuados para su visita que permitan construir un discurso del pasado sólido que no caiga en la nebulosa de lo abstracto, y que, por ende, la ciudadanía se mantenga al margen de esa larga trayectoria de gestión que perdura hasta hoy.

Palabras clave: gestión, patrimonio arqueológico, arqueología, Luis Diego Cuscoy.

Abstract: In this article we make a brief journey through the first steps in the management of archaeological heritage on the island of Tenerife from the 17th century to the end of the dictatorship, with the consolidation of an eminently centralized management model in which the figure of Luis Diego Cuscoy will stand out. The cursed heritage of Tenerife, as Cuscoy called the island's fledged aboriginal past, has ultimately resulted in the island currently lacking of archaeological environments that allow the construction of a solid discourse of the past that does not fall into the nebula of the abstract, and so therefore, the citizenship remains on the sidelines of that long history of management that lasts until today.

Keywords: Management, Archaeological Heritage, Archeology, Luis Diego Cuscoy.

1.INTRODUCCIÓN

Tus collares, mujer, que hoy ha hallado un maestro de niños. Tus collares, mujer dulce y lejana, que yo no contemplo ahora con la melancolía de no saber –de no saber nunca– cómo eras de bella y seductora. Tus collares, que guardaré amorosamente, como el recuerdo de una mujer, a la que se pudo haber amado.(Diego, 2004: 82-83).